

Baúl

Una batalla por Chihuahua

Pedro Siller Vázquez*

La guerra de México contra Estados Unidos entre 1846 y 1848 trajo consigo finalmente la pérdida de casi el 50% del territorio mexicano, por lo que ha sido, quizás, el mayor episodio traumático para la nación. Se ha escrito mucho sobre lo que se refiere a la ruta que siguieron los invasores que va de Veracruz a la ciudad de México, algo sobre las batallas en los alrededores de Monterrey, pero muy poco, casi nada, sobre la parte que desempeñó Chihuahua en esa guerra.

Y es que al desencadenarse, los norteamericanos organizaron varias expediciones a México. Una de ellas partió de Missouri hacia Santa Fe y posteriormente, encabezada por el coronel Alexander William Doniphan, ganó la batalla de El Brazito o llamada también de Temascalitos, en los alrededores de lo que hoy es El Paso, Texas, el 25 de diciembre de 1846 lo que le abrió el camino al interior de Chihuahua.

El 28 de febrero de 1847 un grupo encabezado por el general Pedro José García Conde enfrentó a los norteamericanos en el sitio de Sacramento, unos kilómetros antes de llegar a la capital del Estado, pero fueron insuficientes sus esfuerzos y se produjo su ocupación el 1 de marzo de ese año. El gobierno estatal se trasladó paulatinamente a Santa Rosalía (hoy Camargo), Parral

y finalmente a Guadalupe y Calvo. A la retirada de las tropas extranjeras que partieron rumbo a Coahuila, el gobierno local regresó a Chihuahua el 14 de mayo.

Un autor al que sólo conocemos como A. Nava, seguramente un participante en la batalla de Sacramento, escribió un romance sobre ésta y lo dedicó a su amigo el escritor José María Jaurrieta. Lo que se presenta ahora es un extracto del texto original de unas 10 páginas fechado el 18 de mayo de ese año en la Labor de Dolores, seguramente días después del regreso de las autoridades mexicanas a la capital. El folleto, una verdadera rareza bibliográfica, tiene una importancia doble: por una parte es un testimonio de una batalla poco conocida en la que resalta el patriotismo en un momento crucial. El segundo aspecto es el que relata las condiciones internas de Chihuahua, su tragedia en medio de las guerras indias y la incomprensión del gobierno central que permitió el aislamiento en el que combatieron frente a un enemigo considerablemente superior en armamento y apoyo. Es por eso por lo que nos hemos permitido reproducirlo, aunque fuera parcialmente.

*Docente-investigador de la UACJ.

úl Baúl Baúl Baúl Baúl Baúl Baúl Baúl Baúl

BATALLA
DEL
SACRAMENTO,

EN EL
ESTADO DE CHIHUAHUA,
CON LAS
FUERZAS NORTE-AMERICANAS,

El 28 de Febrero de 1847.

LA DEDICA

Al Sindabano José María Sarrieta

Su amigo A. Nava.

MEXICO.

Imprenta de I. Cumplido, calle de los Rebeldes n.º 2.

1847.

Batalla del Sacramento en el estado de Chihuahua, con las fuerzas norte americanas El 28 de febrero de 1847



CHIHUAHUA, abandonada casi a sus invasores,
con inaudito esfuerzo se apresta a combatir;
levanta sus legiones, arma a sus moradores,
y su enseña de guerra es: vencer o morir.
Cuando al americano sin resistencia alguna
por una arteria infame se entrega Santa Fe,
teme que orgullecido con su misma fortuna,
En la tumba de Hidalgo ponga su inmundo pie. [...]

Chihuahua en tanto sigue sus fuerzas alistando;
improvisa recursos, los reúne con ardor,
y a la inercia de muerte que la iba aniquilando,
su gobernante ilustre sustituye el vigor.
En todas partes se halla del pueblo el elegido;
no hay cosa que no atienda con celo y con afán;
los fusiles, el parque, que el soldado asistido
se encuentre, y que se instruyan Guardia Nacional.
Todos los artesanos están en movimiento,
los aparatos de guerra se miran por doquier:
se funden los cañones, se alista el armamento,
y convertida se halla la ciudad en cuartel.
¡Qué bella perspectiva, que plácida esperanza
ofrecían nuestras tropas al hombre pensador!
[...]

La marcha es ya precisa, pues la hueste invasora
Con altivez avanza sobre la capital.
El peligro es urgente, y sale una brigada,
que el Sr. García Conde se presta a conducir:
De ochocientos lanceros se forma la avanzada
del grueso de la fuerza que al yankee ha de
batir. [...]

A los tres días el centro de seiscientos infantes
de activos, permanentes y Guardia Nacional,
con diez piezas dotadas, vieron los habitantes
que el general en jefe sacó de la ciudad.
Por conducir los restos, su segundo se queda
y los demás pertrechos de nuestra división:
todas las provisiones de guerra y boca lleva
con cuatrocientos hombres llenos de decisión.
Chihuahua no había visto división tan lucida
y tan bien equipada, ni la esperó jamás,

pues como por encanto de las manos salida
Del gobernador Trías, apareció quizás.
Muy presto la vanguardia observa al enemigo,
que cerca de Encinillas había campado ya,
y se repliega al grueso del ejército unido,
que en el Torreón espera saber cómo obrará.
Se sitúan con presura frente del Sacramento
nuestros reales. Los prácticos levantaron ahí
sus reductos y fosos; así es que al campamento
por tres diversos puntos lo defendía un fortín.
Y nuestra línea estaba lo mejor sostenida
que con arreglo al arte se debiera esperar:
Los ingenieros geógrafos la tenían distribuida
De manera, que el yankee no la podía evitar.
[...]

Por fin asoma el sol luctuoso de febrero
que ha de alumbrar el campo en nuestro día fatal
ya vagaba en el éter fatídico y artero
sobre nuestras cabezas el genio atroz del mal.
Y todas las brigadas se aprestan al combate,
cada cual ocupando su fuerte posición
ansiosos por el triunfo, ya la hora del ataque
se apetece por todos con loable decisión.
La fuerza americana sigue por el camino,
parece que a distraernos con su caballería;
mas juzga fuerte el campo, y cambia de destino,
alejándose astuta de nuestra batería.
Entonces la columna de nuestros escuadrones,
por no sé qué maniobra, al yankee persiguió;
pero se vuelven luego al frente sus legiones,
y comienza el disparo del horrible cañón.
La extremada confianza, la indómita bravura,
El ardor de un encuentro, el ansia de combatir,
hace que nuestras fuerzas, por una desventura,
dejen sus posiciones y traten de salir.
Como a las tres y media se trabó la batalla:
de un campo al otro cruzan las balas de
cañón,
silban los proyectiles y cruje la metralla;
el estrago se aumenta, la alarma y confusión.

Su homicida guadaña la muerte segadora
 en uno y otro campo sin distinción emplea;
 de lágrimas y sangre cebase destructora,
 designando sus víctimas en la horrida pelea.
 Las quejas del herido...el ¡ay! del mutilado
 del infeliz que expira el último clamor.
 [...]

Un rumor en el campo funesto se propaga
 de que se desordena nuestra caballería;
 ya ni sus mismos jefes consiguen que se rehaga,
 y su funesto ejemplo sigue la infantería.
 Mucha parte de esta arma, por varias direcciones,
 confusa y aterrada trata de desfilar
 y se dispersa en grupos. Así es que aun los cañones,
 por carecer de apoyo, comienzan a flaquear.
 ¡Aciago es el destino; la realidad se mira: todo va a
 ser envuelto en este turbillón!
 La caballería ¡oh Dios! cobarde se retira
 con su propia ignominia al comenzar la acción
 no toda... ¡verdad triste! ¿Qué valen excepciones
 cuando a todo lo arrastra la inmensa mayoría? [...]
 Muy justo es, sin embargo, hacer las distinciones
 dignas de honor y lauro, de grande nombradía.
 Merced a los valientes que firmes sostuvieron
 el honor de las armas en lucha desigual,
 se deben los estragos que al yankee se le hicieron
 y que nuestra derrota no fuera general.
 Del séptimo de línea la infantería esforzada,
 un piquete de activos y Guardia Nacional
 y dos piezas servidas por gente entusiasmada,
 la pelea sostuvieron con ánimo marcial.
 La hueste americana con paso redoblado,
 en orden y resuelta a morir o vencer,
 sus filas adelantan sobre nuestro costado,
 para parar el golpe que la iba a contener.
 Pues dos piezas situadas caben en el Sacramento,
 detienen la columna del injusto invasor:
 de allí varios disparos con heroico ardimiento
 Se asestan contra el yankee, y excitan su furor.
 Y allí se empeña luego la lucha desastrosa
 que nuestra infausta suerte deberá decidir.
 La victoria nos niega la displicente diosa,

y a la águila de Washington mejor quiere seguir.
 A su ocaso descende el sol; luego se miran
 perdidos los esfuerzos, perdida ya la acción,
 y jefes, y oficiales, y tropa se retiran,
 abandonando el campo al pérfido sajón.
 En él quedan los trenes de varias provisiones,
 algunos equipajes, la caja militar;
 prisioneros y muertos; perdidos diez cañones,
 el armamento, el parque y...sangre que lavar.
 ¡Llor y prez a los fieles y bravos ciudadanos
 Que por su país murieron con noble decisión!
 ¡Infamia a los cobardes!, y a los americanos
 Siempre guerra, odio eterno, venganza y maldición.

Labor de Dolores, Mayo 19 de 1847